

sor. El Rey salió á aguardarle á Paderborn, y desde allí envió á su hijo Pipino á recibirle con el archiepiscopo Hildebaldo, el conde Anschairo y otros muchos señores á la frente de una numerosa guardia. Salió Carlo-Magno al encuentro de su Santidad á alguna distancia de la ciudad, seguido de todo su ejército y precedido del clero en orden de procesión. Al divisar al Pontífice hizo el Rey alto, distribuyó sus tropas en tres cuerpos, y él se puso al frente del centro. El clero se dividió en tres coros, y cuando llegó Leon los eclesiásticos y la gente de guerra se postraron por tres veces, y en cada una decía el Papa una oracion. El Rey y el Pontífice se adelantaron cada uno por su lado para abrazarse, lo que no pudieron verificar sin verter lágrimas. Entretanto los franceses que no podian apartar sus ojos del Pontífice, y le veían hacer uso de su vista y de su lengua, porque entonó inmediatamente el himno *Gloria in excelsis*, no salian de su admiracion, recordando la crueldad con que le habian tratado. Dirigiéronse, pues, como en triunfo á la iglesia, en donde tributaron á Dios solemnnes gracias antes de pisar el palacio.

Durante la estancia del Papa Leon en Paderborn, consagró la bella iglesia que el Rey habia levantado en esta ciudad, y puso en ella algunas reliquias de San Estévan que sacó de Roma, para librarla del furor de los bárbaros que repetidas veces la habian reducido á cenizas. Antes pertenecia al obispado de Wirsbourg, pero ya por la distancia y por haberse

multiplicado los fieles la habian dado su obispo, siendo el primero Hatumarc, que aunque bárbaro de origen, habia mudado de naturaleza con la vida de la gracia. Habia estado desde niño en rehenes con Carlo-Magno, y se aprovechó con tal felicidad de la ciencia y la virtud, que no hallaron otro mas digno de este importante ministerio. Reconocian esta silla y la de Wirsbourg por metrópoli á Maguncia.

50. Por este mismo tiempo fue nombrado Teodorico primer obispo de Esclavonia, que venia á ser obispo de los pueblos en parte hunos y en parte esclavones que habitaban al oriente del obispado de Saltzburgo, hasta donde el rio Drave entra en el Danubio (1). El Príncipe Pipino, hijo de Carlo-Magno, habia dilatado hasta allí el imperio francés con sus victorias contra los hunos, y se aprovechó el Monarca de la vacante de la silla de Pasau por muerte del arzobispo Valderico, para lograr á la iglesia de Saltzburgo el título de metrópoli de Baviera que antes habia gozado. Encargó al mismo tiempo al nuevo arzobispo llamado Arnon que fuese á las tierras conquistadas á establecer ó afirmar la Religion; lo que admitió Arnon con gusto prodigando muchos beneficios y observando que se podian esperar mayores frutos si hubiese un obispo destinado para aquellas gentes. Consagró pues á Teodorico, le llevó allá y le dió poder para levantar y consagrar iglesias, instituir en ellas ministros, y prescribir la disciplina conveniente sin mas limitacion que el que reconocie-

(1) *Vit. S. Rup. ap. Canis. tom. 6.*

se la superioridad de la silla de Salzburgo. Arnón prosiguió á pesar de esto trabajando cuanto podia en esta abundante cosecha: sabia grangearse de un modo admirable la confianza de los grandes y del pueblo, y habia conseguido tal autoridad que hacia de ellos lo que queria. No solo escribia cartas elocuentes, sino que con solo presentar su nombre adivinaba cómo habia de conseguir sus fines y hacer amable el Evangelio. Cuando asistia á las juntas en que se presentaban los principales de aquellas poblaciones con un fausto bárbaro y con multitud grande de esclavos, sabia distinguir entre ellos los que ya eran cristianos. Convidábalos á su mesa, y él mismo les daba de beber en copas doradas, al mismo tiempo que sus señores, si aun eran paganos, se quedaban fuera como olvidados, bien que con vino y viandas, pero sin que ninguno les escanciase el vino ni les sirviese. Preguntaban ellos la causa de esta diferencia, y respondia: por estar como estais contaminados con vuestras culpas y con la impureza de la idolatría no sois dignos de comunicar con los que han sido purificados en el baño de la salud. Poníanles estas lecciones, acomodadas á la dureza de sus genios, deseos de instruirse en la Religion cristiana y de pedir con ansia el bautismo.

51. El obispo Arnón conocia el arte de penetrar los corazones, y siendo propio para los asuntos mas delicados y capaz de tratar con las personas de mérito y de primera clase, le nombró en el año 799 Carlo-Magno comisionado de su confianza para con-

tener los alborotos que Pascal y Campulo fomentaban. No habian estos dos malvados conseguido la perdicion de Leon por medio de la violencia, é intentaron calumniarle y acusarle formalmente sobre el gobierno temporal, y enviaron un libelo al Rey; pero este lo despreció (1). Estaba convencido de que si daba á entender que detenia el curso de la justicia, pudieran resultar funestos inconvenientes, y que así era necesario sobrellevar á los italianos poco antes sometidos á su corona; envió, pues, con Arnón otros prelados y señores, hasta siete obispos y tres condes. Examinaron estos con detencion el punto, y vieron que el Papa era en todo inocente, y remitieron al Emperador en última apelacion el juicio; con esto los acusadores vinieron á ser los acusados. El Papa Leon tornó á entrar en Roma como en triunfo: el clero, los señores, el senado, la milicia, y hasta las religiosas salieron á recibirle, llevando estandartes y cantando salmos.

El Rey en el año siguiente emprendió su cuarto viage á Roma, y le salió al encuentro el Papa á cuatro leguas de la ciudad. Agolpóse tambien el pueblo celebrando los hechos del Rey en todas lenguas; porque en esta gran ciudad, reputada por patria comun de los cristianos, siempre habia un número considerable de todas las naciones del universo. No cesaron las aclamaciones y gritos de alegría hasta que el Monarca se apeó del caballo á la puerta de San Pedro.

(1) *Anast. in. Leon. III.*

Acompañado el Papa de los obispos y de solo el clero, le recibió en las gradas, le dió la bendición y le introdujo en la iglesia. Reunió Carlo-Magno algunos dias despues en el mismo lugar los obispos, los abades, y el clero con la nobleza francesa y romana. Sentáronse el Papa y el Rey, y mandaron tomar asiento á los obispos y abades, quedándose en pie los sacerdotes y los señores. Anunciaron que era el objeto de esta asamblea el exámen de la causa del Papa, pero nadie se presentó á sostener las acusaciones. Los prelados que formaban un concilio particular y de poco número, temieron hacer de jueces, y dijeron con respeto: „nosotros no nos atrevemos á juzgar á la Silla apostólica, Cabeza de todas las iglesias: esta santa Sede y su Pastor son los que á todos nos juzgan: esta es la antigua costumbre. Y yo, añadió el Papa, quiero seguir las pisadas de mis antecesores y sincerarme de estas acusaciones falsas.” Reuniendo de nuevo al dia siguiente el clero y los señores, tomó el libro de los Evangelios, subió al púlpito y pronunció en alta voz este juramento: „yo Leon, Pontífice de la santa Iglesia romana, *motu proprio*, y con libre voluntad, juro delante de Dios que está leyendo mi alma, en presencia de sus ángeles, del bienaventurado Apóstol San Pedro, y de todos los que me oís, que no he egecutado ni mandado egecutar las acciones criminales que me imputan: invocó por testigo al Rey Supremo, en cuyo tribunal hemos de presentarnos todos, y cuyos ojos leen ahora nuestros pechos. Obro así sin ser obligado por ley alguna, y

no quiero que este egemplo sea de consécuencia para mis sucesores.”

52. Mas que satisfecho Carlo-Magno con esta acción, que consintió no tanto por convencerse quanto por la pública edificacion, ya no pensó mas que en restablecer la calma; y esto lo hizo con tal prudencia, bondad y dignidad que no sabia Roma como manifestarle su reeocimiento y obediencia. Resolvió el Papa de acuerdo con los principales señores proclamarle Emperador de occidente, para lo que solo le faltaba el título; pues así por los derechos de nacimiento como por los de conquista era en verdad dueño de las Galias, de la Germania, de las vastas regiones del norte, á las que no habian llegado las armas romanas; de la Panonia, de parte de España, de la Lombardía, y por último de Roma, corte de los césares y de su imperio. En quanto á los respetos de atención se habia degradado la magestad de la nueva Roma, pasando á las manos de una muger que habia envilecido su propia persona, despojando indignamente de la vida á su hijo y su Emperador. Estaban de acuerdo en esta resolucion el clero, la nobleza, el pueblo romano y todos; pero la tuvieron igualmente secreta, ó porque recelaban que inutilizase la modestia del Monarca tan indiferente á las honras como digno de merecerlas, ó porque pretendian que fuese mas honorífica esta elevacion, portándose de modo que ninguno pudiese sospechar que la habia solicitado.

En resolucion; el dia de la Natividad del año de

800, deseando el Rey ir á los oficios que se celebraban en la basílica de San Pedro, le rogó el Papa que se vistiese de patricio para regocijar al pueblo romano al ver el Soberano de tantos estados en aquel día grande con los ornamentos de protector de Roma. Desnudándose el Príncipe el traje ordinario, vistióse una túnica larga con un manto rozagante, el cual levantado por un lado venia á unirse en el hombro izquierdo. No pudo contener su gozo el pueblo al verle, y prorrumpió en largas aclamaciones. Carlos entró en la iglesia y se arrodilló: entonces en la asamblea mas augusta que pudo formar el universo, y en presencia de Carlos su primogénito, de Pipino, su hijo segundo Rey de Italia, y de las Princesas sus hijas, es decir, de toda la familia real á escepcion de Luis, Rey de Aquitania, á quien habia dejado en Francia; á vista de toda la principal nobleza del occidente, del inmenso pueblo y de un poderoso ejército, el Papa vestido de pontifical para celebrar los divinos misterios, se acercó al Monarca y le puso en la cabeza una corona de brillante pedrería, siendo al punto aclamado á una voz por todas las órdenes de ciudadanos. *Vida y victoria á Carlos Augusto, grande y pacífico Emperador de romanos, coronado por la mano de Dios.* Repitieron por tres veces estas voces con las mas vivas espresiones de alegría (1). Sorprendióse Carlo-Magno, y aun se mostró ofendido; protestando altamente, que si de esto hubiese tenido la menor sospecha no hubiera ido á la iglesia

(1) *Vit. Carol. M. per Eginard. pag. 103.*

aquel día á pesar de ser una festividad tan solemne. Prosiguió el Papa ungiendo primero al Monarca, después á Carlos su primogénito, y siendo el primero que le tributó homenaje. Celebráronse los santos misterios, y poco despues Carlo-Magno que habia llevado de Francia lo mas precioso de sus tesoros, prodigó tales riquezas á la Iglesia que dan causa para pensar que en su reinado no eran menos comunes que hoy el oro y la plata. Este héroe habia reconquistado de poder de los bárbaros los ricos despojos que ellos sacaron de Roma, y creyó su piadosa generosidad que debia restituirlos á las iglesias que ellos habian despojado. Importaba doscientas libras el peso del oro empleado en vasos y otros sagrados ornamentos, pero seria difícil calcular el peso de la plata, y aun mucho mas señalar su valor á la pedrería.

53. Carlo-Magno llevaba por objeto principal en este viage vengar el atentado contra la persona del Vicario de Jesucristo, castigando á los culpados con tal rigor que quitase las ganas de repetir semejante escándalo. Formóse, pues, el proceso de Pascal y de Campulo, y se les hizo comparecer en presencia del Emperador, de los prelados y los señores legos. Echábanse la culpa los dos malhechores el uno al otro, y se reconvenian mutuamente: fueron condenados á muerte segun la ley romana. Pero intercedió por ellos el Papa Leon, y pidió que la pena de muerte se conmutase con la de destierro: el Emperador que no era sanguinario otorgó esto tanto á la generosidad del ofendido como á la amistad que habia profesado al

Papa Adriano, de quien los culpados eran parientes. Llegó á Constantinopla la noticia de que los romanos habian proclamado Emperador á Carlo-Magno, y concibió grandes sospechas la Emperatriz Irene de perder á lo menos la Sicilia y la parte de Italia que aun poseía. Envió, pues, embajadores al nuevo colega con pretexto de felicitarle por el mismo título que causaba sus recelos; pero debemos creer que estos ministros tenían una comision mas delicada é importante si se ofrecia ocasion de cumplirla. Era esta proponer el enlace de la Emperatriz de oriente con el Emperador de occidente, ó por lo menos significarle la inclinacion de Irene en este punto (1). Envió Carlo-Magno tambien una embajada á Constantinopla, y la pasion ó política de Irene parecieron satisfechas de modo que se lisongeaba con la feliz reunion de los dos imperios.

54. Pero Nicéforo, patricio y tesorero mayor, sublevó los grandes, descontentos porque cercenaban sus pensiones para aminorar los impuestos, y granjearse el afecto del pueblo. Este inconsecuente vulgo siempre engañado, se reunió con los señores. Arrestaron á la Emperatriz y la desterraron á la isla de Lesbos, en donde espiró poco despues, habiendo reinado sola cinco años.

55. Subió Nicéforo al trono en 31 de Octubre de 808 á vista de los embajadores de Francia, que fueron testigos de una revolucion que no aguardaban. Procuró quanto pudo aminorar el horror que les pu-

(1) *Theoph. ann. t. Niceph.*

diera inspirar su perfidia contra su bienhéchora, manifestándoles que habia preservado al Emperador de la víbora que queria abrigar en su seno, enlazándose con la que habia despojado de la vida á su hijo, la que hubiera sido tan buena esposa como madre. Manifestaron estar satisfechos los embajadores que se veían en poder del tirano. Por otra parte, Carlo-Magno que al paso que hacia la guerra con valor la odiaba y ansiaba la paz en la decadencia de su edad para moderar las costumbres de otras naciones de nuevo convertidas, y nivelarlas á la pureza del Evangelio y á la policia del estado, pensaba tambien disponer de su sucesion de modo que no hubiese guerra civil ni discordia entre los dos Príncipes sus hijos. Eran sumamente favorables todas estas consideraciones á las miras de Nicéforo, quien envió sus embajadores con los de Francia, y concluyeron un tratado en virtud del cual Carlo-Magno y Nicéforo habian de tomar el nombre de Augustos, llamándose Carlo-Magno Emperador de occidente, y Nicéforo Emperador de oriente. Todo el pais de Italia, desde el Vulturno hasta el mar de Sicilia, perteneceria á los Emperadores de oriente, y todo lo demás, con las dos Pannonias, la Dacia y la Dalmacia, al imperio de occidente.

Libertóse así Nicéforo de un enemigo tan terrible, aunque no por eso se tranquilizó en sus propios estados; porque era iconoclasta y maniqueo, y le hicieron odioso á sus vasallos sus costumbres tan depravadas como sus principios. No habia reinado aun un

año, cuando obligaron sus tropas á Bardanes, llamado el Turco sin que conociéramos la razón, á tomar el título de Emperador; pero era un hombre de buenos sentimientos, porque encontrando resistencia en Constantinopla le dió horror el considerar que iba á ocasionar muchas muertes y desórdenes, y así se retiró á un monasterio que había levantado y tomó el hábito de monge. Violaron algunos días despues aquel asilo unos desconocidos, y sacaron los ojos á Bardanes. Nicéforo que era excelente en la hipocresía juró vengarle, pero no practicó diligencia alguna. El patriarca Tarasio murió, y el Emperador al mismo tiempo que fingia grande celo de que se observasen los cánones, mandó elegir un lego llamado como él Nicéforo, que había sido secretario en el reinado antecedente. Su virtud y talentos le hacian digno de aquella elevacion, y así le recibieron con aplauso el clero secular y regular y todos los órdenes del pueblo. Opusieronse tan solo los abades Teodoro y Platon con su celo acostumbrado de que se observasen á la letra los santos decretos, pues esto debía prevalecer segun ellos sobre los felices presagios de tener un obispo digno, que muchas veces son imaginarios y siempre son equívocos. Antevían tambien en esta dispensa el riesgo de una verdadera relajacion, y de ciertos artículos de condescendencia que del todo destruyesen la disciplina. Tratóse con efecto de restablecer al sacerdote José, depuesto por el patriarca Tarasio por haber celebrado el casamiento adulterino del Emperador Constantino con la famosa Teódota. Amá-

bale mucho el Emperador Nicéforo, porque había influido en la resolución que tomó Bardanes de renunciar el imperio. El nuevo patriarca recibió pues á José en la iglesia catedral, y le permitió celebrar el santo sacrificio. Congregáronse luego algunos obispos, y aprobaron la elección del patriarca.

56. El abad Teodoro en su nombre y en el de San Platon su tio, dió á luz sobre este punto un escrito en estos términos (1): „los prelados deben celebrar sus reuniones, mas para sostener los cánones que para anularlos; porque si su poder fuera arbitrario, pronto se destruiría el Evangelio, pues cada uno podria substituir nuevas reglas á las de Jesucristo y de los Apóstoles. Muchos, añade, opinan como nosotros y hablan así; pero esto lo hacen á la sombra del secreto como discípulos nocturnos que no osan acompañar á Jesucristo de dia. Al siervo fiel, ¿qué le importa la conducta que observan los cobardes? Nosotros toleraremos todas las injurias y la misma muerte antes que aprobar el delito, comunicando con el culpado. Ya que Dios nos ha otorgado la gracia de que no nos doblásemos en el reinado de un Príncipe adúltero, el cielo nos preserve de hacer traicion á la verdad y perder nuestras almas en el de un Soberano que anuncia las virtudes.” Logró éste valor del santo abad que se declarase grande número de monges y de simples fieles; y así se formó en Constantinopla una especie de cisma, en que las personas devotas y una multitud de hombres de bien

(1) *Lib. 1. Epist. ep. 21. 22. et 31.*

se mantuvieron firmes por la pureza del Evangelio y la defensa de los santos cánones contra el partido de la corte y de los grandes.

Quitóse con esta ocasion el Emperador Nicéforo el velo de la hipocresía, y cometió las mayores violencias contra las personas mas santas que existian en su imperio. Los soldados trataron indignamente al santo abad Teodoro, y le espulsaron de su monasterio. Pusieron con grillos en una cárcel á San Platon, que por su edad y edificante vida era venerado como un ángel sobre la tierra. Dispersaron á los monges de Estudio y á los mas fervorosos de otras comunidades por diferentes monasterios, en donde por complacer á la corte los trataron aun peor de lo que esta pretendia.

57. El abad, porque no se reputase en él tenacidad la oposicion á muchos obispos, recurrió á la Cabeza universal de la Iglesia, y escribió al Papa Leon III en estos términos (1). „Pues que Jesucristo concedió á Pedro la dignidad de Cabeza de los pastores, al sucesor de Pedro, como nos lo enseñaron nuestros padres, se deben delatar todos los errores nuevos que se levantan en la Iglesia.” Quejóse despues de los dos concilios reunidos en Constantinopla, así para restablecer al sacerdote José como para condenar á los que se oponian á este restablecimiento. „Ellos, añade, han declarado que el matrimonio infame de Constantino se contrajo por dispensa: que cada obispo es dispensador arbitrario de las leyes y

(1) *Ibid.* ep. 33.

dueño de los cánones: por último, que con los Emperadores no se deben observar rigurosamente las leyes divinas, lo que equivale á justificar el delito por medio de la heregía. Ahora bien, si nuestros obispos no han rehusado celebrar un concilio herético por sola su autoridad, siendo así que ni un concilio católico debian reunir furtivamente y sin vuestra noticia segun la antigua costumbre, ¿cuánto mas útil y necesario será que vos congregueis otro diferente para condenar su error?” El Sumo Pontífice aprobó el pensamiento y la conducta de Teodoro, y condenó á los que pretendian autorizar un matrimonio contrario á los cánones y á la ley divina.

58. Algunos años despues de esta persecucion murió San Platon en una edad muy avanzada, tan debilitado por sus mortificaciones voluntarias y por los malos tratamientos que no se podia sostener, ni aun para asistir al oficio divino que era lo que mas sentia. Habíanle obligado á dejar la vida de recluso; pero él supliendo el mérito del retiro con el del apostolado hasta la última respiracion, no cesó aunque recostado é incapáz de movimiento de instruir, exhortar y consolar á los hermanos. Redobláronse sus males durante la cuaresma, y aunque este era tiempo de grande retiro fueron muchos monges de fuera á visitarle. Sin embargo de las divisiones precedentes, le visitó el patriarca Nicéforo al frente de su clero, le abrazó y le pidió el auxilio de sus oraciones. Perdonó generosamente el santo enfermo á cuantos le habian perseguido, y oró públicamente